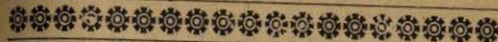


CARITA ALCONSINA



LA PIEDAD

I

El día 2 de Febrero de 1652.

Después de tratar del convento de Santo Domingo, parece natural seguir la historia de los que pertenecen á la misma orden, ya porque la armonía exige presentarlos coleccionados en un solo grupo, y ya porque á veces entre la existencia de unos y la de otros se nota un enlace íntimo. Este proceder observaremos igualmente respecto de los demás monasterios que no son de esta orden, y mientras les toca su vez, hablemos del Santuario de la Piedad.

¿Conocéis la calzada de este nombre?, ¿habéis observado con atención esa hermosa calle de árboles que no es más que

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V. O. N. L. I.

la prolongación del Paseo de Bucareli, y que remata casi á la entrada de un templo de apariencia rústica? Al principio, y por un lado se asienta Romita, cuyas avenidas de fresnos y sauces se extienden en todas direcciones, como otros tantos brazos hospitalarios que no quisieran dejaros pasar adelante sin haberos estrechado.

En la misma línea os brinda sus placeres el "Petit Versailles," que no ha menester condecorarse con un nombre tan pomposo para ser una bonita casa de campo.

Si proseguís, por ambos lados hallaréis objetos en que la mirada se detiene complacida: ora es un sembrado de maíz, una "milpa," cuyas hojas verdes ó secas, según la estación, mece la brisa girando caprichosa y esmaltá el sol con sus rayos más apacibles; ora un plantío de magueyes que se presentan alineados como un ejército de vegetales; ora, en fin, un prado extendido como una inmensa alfombra, donde pacen sossegadamente algunas vacas de ordeña.

Por último, después de algunas millas de camino llegáis al Santuario, que acompañado de algunas casitas y en medio del horizonte que le cerca, parece como encantado á la vista de México, que

se pinta en las lomas del Tepeyac, de la sierra de Ajusco, que se levanta como una muralla sombría, y de las frentes plateadas del Popocatepetl y el Istaxihualt, titanes que aún pretenden escalar el cielo.

Esta calzada fué construída de nuevo, según nos informa el Barón de Humboldt, bajo el virreinato de D. Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros, después de la gran inundación de México, ocurrida en 1604, y la nivelaron y alinearon los Padres Torquemada y Gerónimo de Zárate, únicos sabios de aquel tiempo. De entonces acá no ha dejado de ser frecuentada por toda clase de personas, especialmente los días festivos; pero nunca se ha visto en toda su extensión un gentío más numeroso que en el día de la fecha apuntada al frente de este capítulo.

Era una mañana serena: el sol, que apenas asomaba por la cima del Telapón, hería oblícuamente las lomas de Santa Fe, las casas de Tacubaya, el alcázar de Chapultepec, lugar de recreo de los virreyes, y la calzada de la Piedad, por donde transitaba la gente levantando nubes de polvo. Tal parecía que los habitantes de la capital, obedeciendo á una fuerza magnética, formaban una masa que se de-

CARLOS A. FONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. N. L.

ramaba en dirección al Santuario como un río caudaloso. Algunos caminaban de prisa, con semblante alegre, platicando y riendo como si fuesen meramente á un paseo; otros, formando reuniones numerosas, guiaban los pasos con mesura, y sin distraerse á vista de los objetos que los rodean, van rezando en alta voz el rosario. Al llegar á la Piedad, un cuadro risueño y animado se ofrece á sus ojos. Las vendedoras de frutas, los gallardetes y cortinas que adornan la torre de la iglesia y las colgaduras de las casas de los vecinos, todo indica en el lugar una gran fiesta, un regocijo extraordinario. La plaza y parajes que rodean la iglesia, apenas pueden contener las olas de aquel torrente humano; y en medio del murmullo no interrumpido de voces que se cruzan, chocan y confunden para formar el acento prolongado, sostenido, variado, gigantesco y único de un solo pueblo junto, se recogen al vuelo éstas y otras expresiones:

- ¡ Con que al cabo tenemos estreno!
- Ya no se quejarán los Padres, porque hasta les han sobrado limosnas.
- ¡México es capaz de todo cuanto quiere!
- No ha mucho los frailecitos no tenían un solo tomín, y lo cierto es que

hoy vemos en pie un Santuario magnífico.

- Merced á nuestros sudores.
- ¡ Bien empleados!, la sagrada imagen merece mucho más.
- ¿Y el señor virrey ha contribuido con algo?
- Dió, según dicen, una fuerte suma, y hoy asiste á la función.
- ¡ Qué gozo no tendrá el buen Padre!
- ¿Quién?, ¿el predicador?
- No, el que trajo la bendita imagen.
- Vamos haciendo por entrar á la iglesia.

—¡ Imposible, hay tanta gente!

En este momento el repique de campanas convocaba á la misa, que con gran pompa iba á celebrarse. Poco después, comenzó y no concluyó sino hasta la una de la tarde.

Durante este tiempo los curiosos que no pudieron tener cabida en el templo, invadían el claustro y corredores del nuevo convento de dominicos admirando las pinturas y la buena distribución de las celdas. Todo estaba flamante, todo acreditaba la munificencia de los hijos de México, y su amor á la Virgen de la Piedad, cuyo Santuario se abría entonces por primera vez.

Hacia poco tiempo en aquel paraje no

CARITA ALCONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V. O. N. L.

se veía más que un terreno pantanoso, recién abandonado por las aguas de la laguna, y á la sazón estaba convertido en una pequeña aldea, merced á las personas que de la capital y lugares circunvecinos hablan pasado á fijar su residencia á la sombra del Santuario. La devoción semeja al heroísmo en la facultad de hacer prodigios.

Las danzas y festejos continuaron por el resto del día, y en la noche, terminó aquella solemnidad con fuegos artificiales, ó como entonces se llamaban, árboles de fuego.

II

Tradición.

Hallábase en Roma un religioso dominico con un encargo de su prelado, cuyo desempeño le hacía tomar informes acerca del pintor de más fama en aquella ciudad de artistas. Dió con uno, cuyo mérito corría parejas con su orgullo, y estando en el taller, se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

—Quiero de vuestro pincel una imagen de María Dolorosa.

—Está bien: la tendréis.

—¿Cuándo?

—No sé.

—Pero debo advertiros que regreso pronto á mi patria, y no puedo irme sin la imagen.

—La llevaréis si está acabada.

—Yo soy un fraile mexicano que no viene á Roma sino para lograr esa obra, con que enriquecer á mi convento.

—Ya habéis oído....

—Pero un esfuerzo para terminarla en breve....

—No trabajo sino cuando me viene la idea.... la inspiración si queréis.

—¿Eso es otra cosa! ¿Pero cierto con la pintura?

—Sí.

—Deseo que represente á la Virgen con Jesús en los brazos, y....

—Yo sé lo que debo hacer, y vendréis por vuestro cuadro cuando recibáis mi aviso.

Despidióse el religioso desconsolado, presintiendo que acaso tendría que regresar á México sin traer consigo el objeto que se le había encargado.

En efecto, días después volvía el dominico á pisar los umbrales de la casa del pintor. Por su aire y ademanes, podía adivinarsé la zozobra que le agitaba.

—¿Qué me decís, amigo?, preguntó con una sonrisa forzada.

—¿Lo que os digo?, preguntó á su vez el artista con aire distraído y frunciendo ligeramente las cejas.

—Sí, del cuadro, replicó vivamente el religioso.

—¡Ah!..... sí..... olvidaba, está en bosquejo.

—¡Santo Dios!..... en bosquejo, y tener que partir mañana mismo... sin dilación.... ¡en bosquejo!

—Yo no os determiné cuándo quedaría concluido.

—¡Vajamos!, no hay más partido que.... sin duda, la orden del prelado es terminante.....

Aquí faltó la voz al religioso y permaneció en pie con los brazos cruzados, mientras el artista, recobrando su calma habitual, que parecía haber perdido un instante, prosiguió en sus quehaceres con una indiferencia aterradora.

—¡Venga (ese bosquejo!), exclamó al fin el dominico: llevandoselo al prelado verá que no soy tan culpable como me creería si compareciese sin él en su presencia: tomad y pagaos, añadió encarándose á su interlocutor, y presentándole al mismo tiempo una bolsa llena de oro.

—Pero ¿qué queréis?, preguntó el pintor sorprendido.

—¡El bosquejo!

—¡Y de qué os servirá!

—No faltará en mi patria quien acabe el cuadro.

—¡Hum!

—¿Lo dudáis?, ¿crééis por ventura que mis paisanos son lapones?

—No, pero.... hablemos claro: ¡para perfeccionar esta obra no hay más que un pincel en la tierra, y es el mío!

—¡Y no contáis con el cielo!

Por la primera vez en todo el curso del diálogo miró fijamente el artista al religioso. Su aspecto se había dulcificado á los acentos de una alma que contrariada por el poder humano, pone su confianza en el divino: el númen del pintor pagó un tributo de admiración á la sencilla religiosidad del fraile.

Un mes había transcurrido después de tan poco halagüeña entrevista, y el religioso, en compañía de un lego, navegaba en alta mar con rumbo á la América. Un frágil leño los separaba del abismo. No obstante, el océano había sido hasta entonces para ellos el regazo de una madre, y el rumor de las olas, el canto de una hermana que vela al lado de su hermano menor, y le mece en la cuna.

Mas vino un día, en que la luz del sol parecía enfermiza. Poco á poco fué asomando por el horizonte una gasa opaca de niebla, que se dilató, cubriendo el hemisferio como el velo de la muerte. Hubo un momento de calma espantosa en que pudieron oírse hasta las palpitaciones del corazón.

Empezó después á hincharse la mar como un monstruo que se ensaña, y un huracán violento levantaba montes de agua, en medio de los cuales flotaba la nave como una gaviota. La tripulación que en tal conflicto había perdido hasta la última esperanza de salvarse, imploraba á veces misericordia, sin hacer caso de la maniobra. Todos los pasajeros estaban helados de terror, á excepción de los dos compañeros mencionados.

—¿Padre mío, pereceremos?

—Ten confianza en la Estrella del mar, en la Virgen pura, que con una mirada de sus divinos ojos serena las tempestades.

—Hagamos un voto á María Santísima.

—Sí que lo haremos, y sea éste: si la Reina de los ángeles permite que el dibujo de su sagrada imagen, que traemos en el buque se salve juntamente con nosotros, prometemos de fabricarle un

santuario en los suburbios de México, mendingando las limosnas necesarias para cubrir el costo; y por cuanto habrá de usar piedad con éstos sus humildes siervos, sacándolos de la tribulación en que se encuentran, luego que el pintor acabe la obra que ahora llevamos delineada, la llamaremos Virgen de la Piedad, y la expondremos en dicho santuario á la veneración de los fieles.

Pasado algún tiempo, los buenos frailes desembarcaban en Veracruz, y cargados con su precioso bulto, se ponen en camino. Llegan á México, saludan los muros de su ciudad natal después de haber gustado el pan de la ausencia; pasan á su convento, y cuando desarrollan el lienzo delante de los prelados para mostrarles un bosquejo, quedan todos estupefactos al ver en su lugar una pintura acabada, que representa á María, tal cual la deseaba el religioso que la pintase el artista romano.

Inútil parece añadir que los dos compañeros de infortunio y de salvación se dedicaron en seguida á cumplir su voto con el mismo empeño, con la misma eficacia que si aún no hubiera pasado la hora del peligro.

Tal es lo que refiere la tradición acerca del origen del Santuario de la Piedad.

III

El Convento.

Desde el principio estuvo yendo á la iglesia un monasterio de dominicos, á quienes por un derecho indisputable correspondía cuidar del culto de la milagrosa imagen.

Este monasterio era de recolección, esto es, una casa en que se observaba más estrechez que la comun de la regla, ó por lo menos, según afirma el P. Florencia en su Zodiaco Mariano, en que vivían "muchos religiosos en exacta observancia, apartados del todo del tráfico de la ciudad, y dedicados del todo al servicio de Dios, y al cumplimiento de sus sagradas leyes y constituciones."

Posteriormente, y ya amortiguado el fervor primitivo, era tan sólo una ayuda de parroquia correspondiente á Tacubaya y servida por un religioso de la misma Orden, clérigo por sus costumbres más bien que fraile.

Así es que la supresión de las órdenes regulares no causó más variación en este religioso que ponerle en lugar del hábito una sotana, mientras que el convento sigue hasta el día en el mismo estado, si

no es la huerta que por haber pasado á otro dueño, va mejorando con el mayor cuidado que se pone en su cultivo.

Pasada la portería, se ve la entrada al peristilo, en la parte superior de la cual está pintada la noticia siguiente:

Se reformó esta puerta y se acabó de enlosar y secutar este claustro, día 29 de Noviembre de 1785 años.

El peristilo nada ofrece de notable, á no ser el brocal del pozo que ocupa su centro, y está formado de una sola piedra.

Antes de entrar á la galería que precede á la escalera por donde se sube al claustro, tropiezo la vista con esta jaculatoria escrita en la portada:

Sit nomen Mariae
Benedictum
Ex hoc nunc, et usque
In sectium.
Mayo 17 de 1786.

El claustro es como todos. Si descendemos al templo nos encontraremos con una sacristía aseada y espaciosa, donde se respira fragancia y bienestar.

En el templo hay algunas efigies de notable primor, y con respecto á pinturas solo llama la atención la de Nuestra

Señora de la Piedad, que ocupa el altar mayor, y es la imagen de María al pie de la Cruz, teniendo en los brazos el difunto cuerpo de Jesucristo. En uno de los cuadros laterales colocado cerca del púlpito, se leen estos versos que resumen la tradición acerca del origen milagroso de la Sagrada Imagen:

De romano pincel un religioso
Solicita la imagen de Piedad,
Por encargo que lleva, y le es forzoso
Regresarse con tanta brevedad
Que aunque al pintor ocurre cuidadoso
Halla sólo en bosquejo esta beldad.
El dibujo recoge, en pensamiento
Que en México ha de darse el comple-
(mento.

A la vela se da, y una tormenta
Iba á hacerle sepulcro de la nave:
Por la imagen se libra, á buena cuenta.
Y aún no da con la cuenta que le cabe:
Libre á México arriba, y cuando intenta
Entregar el dibujo á quien lo acabe,
Se admira ya la imagen, con desvelo,
Toda perfeccionada por el cielo.

La idea que presidió en la composición de este cuadro, es hermosa. María cerca de soledad, María al pie del patíbulo, gemiendo en silencio en el instante supremo de su dolor, es una concepción sublime.

No sin razón este Santuario, ha sido por tantos años el punto de reunión de todos los infortunios y de todas las miserias que buscan remedio. Levantado por la piedad de una generación, se ha conservado por las que le sucedieron, y se conservará por las venideras como una herencia inestimable. Todas las clases de nuestra sociedad niveladas por la desgracia, no han salido jamás de su recinto sin llevar en el alma una esperanza, un perfume de consuelo.